

escrito a máquina



## Breves apuntes de una conversación de sobremesa

Nos habíamos reunido citados por la poesía y la poesía, por su propio compromiso, nos llevó al tema del hombre. Lo demás lo hizo la fresca noche newyorquina, el buen vino y la buena compañía. Fue un profesor universitario de historia (F.S.) quien soltó las amarras. Habló, con convicción, del profundo sentido ético del pueblo norteamericano, —dijo que era un pueblo medularmente puritano—, con un complejo de culpa exacerbado, sobre todo después de Viet-Nam y Watergate. En ese sentido, agregó, la nueva política sobre los Derechos Humanos de Carter, aunque puede confundirse con los acostumbrados programas de maquillaje presidencial (todo gobernante nuevo necesita un rostro convincente), es más bien un golpe de pecho nacional. Carter descubre, de pronto, entre los pliegues oscuros del sentimiento de culpa, un objeto perdido: la Moral.

—Por primera vez Estados Unidos le gana a Rusia una partida a nivel popular, ratificó el Dr. W. (categórico de literatura). Los Estados Unidos estaban reducidos a negociar con gobiernos o a comprarlos. ¡Una democracia que en su política exterior le tenía miedo a los pueblos...Y prefería tratar con los tiranos!

—No niego que la política de Carter nos acerca a los pueblos, especialmente a aquellos que luchan —bajo signo progresista— por la liberación del hombre, dijo el joven Z., profesor auxiliar de filosofía. Pero yo creo que su actitud tiene raíces más hondas. En Carter ha sonado un timbre de alarma colectivo. Los estados y gobiernos han llegado a poseer tales instrumentos de destrucción y de muerte y la violencia ha determinado de tal modo la política de pueblos y gobiernos, que tenía que producirse, por instinto de conservación, una política defensiva de la especie. La civilización ya no es confiable. En pocos años un Stalin o un Hitler ¿cuántos millones de hombres eliminaron? En el caso reciente de Chile, en pocos días ¿no fueron muertos más chilenos que los que pieren en una larga guerra civil? Bastan unos días (unos minutos de historia) para que las eficientes armas de hoy eliminen pueblos enteros. Viet-Nam mostró a Estados Unidos el poder de la represión moderna y Carter sintió el asco de ser socio de tales regresiones inhumanas. El complejo de culpa ha removido la conciencia de Estados Unidos como la está removiendo en miles de hombres de todo el mundo, incluso en Rusia. Carter captó la onda.

—No me convence mucho el iluminado señor Carter —dijo con sorna otro profesor R.H., escritor, no se si sociólogo y colaborador que fue de "Partisan Review"—. Yo no hablaría muy alto de Derechos Humanos cuando bastante vergüenza nos cuestan los ex-esclavistas de Alabama o de Mississippi, o los patronos de los Chicanos en California. Si no se para la intrusión de la CIA en la vida intelectual norteamericana o sus engaños y trampas a los pueblos libres ¿qué moral es esa Moral?

Se armó una pequeña bronca. Cada quien hablaba sin escuchar al vecino. Recuerdo que alguien dijo (excéptico):— "Todo esto está procesado". Y otro (contra alguien):— "¿Con tal de contener al comunismo tenemos que aliarnos con Jack el Destripador?". Y otro:— "¿Por qué mezclamos nación con ideología?" etcétera.

Pero rápidamente prevaleció una voz: M.T. el callado profesor de literaturas románicas:— Ciertamente Carter es un iluminado. Tal vez sea necesaria una mentalidad así para

coger altura después que se ha caído tan bajo. Pero no estoy de acuerdo con mi colega: si nos imponemos una línea moral en nuestra política exterior, esa misma actitud moral nos obligará a limpiar nuestra política interior. Lo grave es el camino que llevábamos, aliados de todo lo negativo del mundo. ¿Cómo no iba esa política a terminar produciendo un Nixon?

Yo les recordé entonces aquel libro de Toynbee: "Los Estados Unidos y la Revolución Mundial" donde hace la historia de la Revolución Norteamericana de 1775 y su desarrollo hasta nuestros días. Según el historiador inglés, el núcleo impulsor de todas las revoluciones de los últimos dos siglos fue la Revolución Norteamericana. Como el ojo de un huracán su primer coletazo revolucionario removió la Francia del siglo XVIII; luego sus vientos conmovieron a la América Española y agitaron también Grecia a principios del siglo XIX. A continuación el "Risorgimento" italiano fue también encendido por los mismos principios revolucionarios y, en el mismo proceso, desencadenó la revolución rusa de 1905 —antecedente de la Bolchevique de 1917—, luego la revolución persa de 1906 y la turca de 1908. En la misma cadena de sucesos, Toynbee incluye el Movimiento del Congreso Nacional Indio que, a su vez, fue el motor de todos los movimientos asiáticos y africanos anti-colonialistas.

Estados Unidos, por tanto, durante dos siglos ocupa la posición de líder revolucionario mundial. Pero cuando ese mismo liderato los convierte en primera potencia, ocurre un cambio total. Es también Toynbee quien lo registra: Estados Unidos pone freno a toda su propulsión revolucionaria y se va convirtiendo en la gran potencia conservadora y luego reaccionaria. Toynbee la compara a Roma que apoyaba a los ricos frente a los pobres en todas las comunidades que caían bajo su dominio.

¿Es su enfrentamiento con la potencia rusa —portadora de otra revolución— lo que obliga a Estados Unidos a contrariar su signo revolucionario? —Eso piensa el historiador inglés. Y en realidad desde entonces los invade un temor —el mojigato temor de los opulentos— que los hace entregar a su rival la más popular de las banderas: la de la justicia. Todavía hace treinta años los Estados Unidos se pusieron al frente de la defensa del mundo libre, pero, traicionando esa última fidelidad al testamento de la Revolución Americana, su diplomacia seguía, marcha atrás, no sólo aliándose sino apadrinando los regímenes más despóticos y poniéndose al servicio de todas las contrarrevoluciones. ¿Era ese el final del pueblo con la ideología del common man, con la tradición de primera new nation, del pueblo optimista, fervoroso del futuro y empeñado en mantenerse a la vanguardia de la historia?

Pero mi pregunta sobre la mesa fue otra: En qué medida la política de signo positivo —la política de los Derechos Humanos de Carter— tendrá fuerzas para devolver su viejo impulso revolucionario y su conciencia liberacionista a Estados Unidos? ¿Podrá un iluminado como Carter darle otra vez bandera a una Revolución que se vació de contenido?

...La noche llegaba a su fin. Mientras nos despedíamos unos y otros dieron sus opiniones. Pero la respuesta no eran ellos quienes podían darla sino el futuro.

PABLO ANTONIO CUADRA.